



La Palmera de Débora

Ayúdense unos a otros a llevar sus cargas, y así cumplirán la ley de Cristo. *Gálatas 6:2*

Los jueces, ¿dónde ejercen su trabajo? En la corte o en una sala de justicia. Allí emiten juicio.

Te voy a contar de una mujer que se sentaba a juzgar bajo una palmera. ¿Verdad que no te hubieras imaginado tal cosa? Su nombre es Débora.

Débora vivía hace miles de años en Israel, el país del pueblo de Dios. Ella era jefe de los israelitas, y solía sentarse bajo la Palmera de Débora para resolver los pleitos de los israelitas.

¿Dónde estaba esa palmera? Entre Ramá y Betel, en las montañas de la tribu de Efraín.

Las familias de los hijos de Jacob se llamaban tribus. Josué, el siervo de Dios que guió al pueblo de Israel después de la muerte de Moisés, hizo división de la tierra y dio a cada tribu la parte que le correspondía.

Después de Josué gobernaron jueces. Durante cuarenta años, Débora, la mujer que tenía su sala de justicia debajo de una palmera, gobernó el país.

Débora amaba al pueblo de Israel como una madre ama a sus hijos y buscaba lo mejor para ellos.

Jabín oprime a los israelitas

El pueblo de Israel tenía grandes problemas por haber hecho lo malo ante los ojos de Dios. Por su desobediencia, un rey extranjero les hacía la vida imposible. Durante veinte años el rey Jabín había oprimido tan cruelmente al pueblo de Israel que mucha gente había escapado a los montes.

El capitán del ejército del rey Jabín se llamaba Sísara y tenía 900 carros de hierro para ir a hacer guerra.

«Amado Dios, ¡por favor, sálvanos!» pedían los hijos de Israel, pensando que muy pronto Sísara y Jabín los iban a destruir totalmente.

Débora llama a Barac

Fue entonces que se levantó Débora como jueza. Ella era profetisa; hablaba palabras de Dios al pueblo. Un día, llamó a un hombre llamado Barac para que vaya a la batalla.

—¿No te mandó Dios que juntes un ejército y que vayas a pelear contra Sísara? —le dijo Débora—. ¿No te prometió Dios que te daría la victoria?

—Sí —respondió Barac—, pero no quiero ir solo. Si tú vas conmigo, yo voy; pero si no me acompañas, no iré.

—Iré contigo —le dijo Débora—, pero ya no será tuya la gloria, sino de una mujer.



Barac lucha contra Jabín

Barac se animó a luchar contra el ejército del rey Jabín. Juntó 10.000 hombres y subió al monte Tabor. Débora fue con él.

Cuando Sísara supo esto, reunió a todos sus hombres de guerra y los 900 carros que tenía. Pensó que sería fácil vencer a Barac; pero no sabía que Dios iba a pelear por el pueblo de Israel.

¿Qué pasó? Dios mandó una fuerte lluvia que confundió al ejército del rey Jabín. Luego Barac y sus hombres los persiguieron. La Biblia dice que no quedó ninguno del ejército enemigo.

Cuarenta años de paz

Después de la batalla, Débora y Barac entonaron un himno de victoria. Léelo en **Jueces 5**.

Ellos se sentían felices porque Dios les había ayudado a vencer al ejército enemigo.

Débora siguió cumpliendo el deber que Dios le había dado. Cada día se sentaba bajo la palmera para resolver problemas. Entonces el país tuvo paz durante cuarenta años.

El miedo de Rosita

Rosita tenía mucho miedo. Cerca de su casa vivían unos muchachos grandes que la molestaban cuando ella volvía de la escuela. Les encantaba hacerla asustar. Muchas veces Rosita llegaba llorando a su casa.

Jorge, el hermano mayor de Rosita, decidió ayudarla. Con algunos de sus amigos se enfrentó a esos muchachos y les advirtió que si no dejaban en paz a Rosita... ¡ya verían!

Desde ese día, Rosita pudo caminar tranquila por la calle, sin temor a esos muchachos. No volvieron a molestarla.

Ayudémonos unos a otros

Débora y Barac hicieron un trabajo unido. Barac fue a la guerra, como Dios le había ordenado, y Débora le ayudó.

Jorge y sus amigos ayudaron a Rosita cuando ella tenía miedo de los muchachos grandes.

Cuando necesitas ayuda, ¿verdad que te gusta cuando alguien te ayuda? Así también las personas a tu alrededor se alegran cuando tú les ayudas.

Ayúdense unos a otros a llevar sus cargas nos enseña la Biblia. Piensa en algo que puedes hacer para ayudar a un amigo o vecino, a tus padres o hermanos, y a tus abuelos.

¡Qué bueno es ayudarnos unos a otros!